

DIÁLOGO

92

ENTRE DON FEBO ARGENTINO, EL PADRE CASTAÑEDA Y

doña Verdad desnuda, con motivo de una sesion que tubieron en la

isla de Ratas.



Febo.—Compañeros: El justo designio de reanimar nuestra agonizante preponderancia, nos ha reunido en este aislado, asqueroso y solitario lugar. Pongámos, para conseguir tan santo obgeto, nuestros caletres en prensa: inventémos los mas formidables planes; nada importa que sean crueles y sanguinarios: serán los mas justos, si con ellos lográmos destruir ese monstruo ministerio, germen de los principios liberales; origen de nuestro abatimiento; causa de nuestro desprecio y pobreza. Hagámosle pues, la guerra mas encarnizada, y no degemos las armas de la mano hasta confundirlo, derrocarlo y poner en su lugar á nuestros Mesenas y protectores Pucirredon, Tagle y demas compinches.

Castañeda.—Sí; yo haré sudar todas las prensas con mis diez periódicos; yo calumniaré y pondré en ridiculo á esos tinterillos de ministros; yo los arredraré con todas las invectivas de la destructora supersticion, hasta revolucionar el pueblo contra ellos; hasta tener el placer de emborracharme con la sangre impura de esos malvados carbonarios Rivadavia, García y todos sus satélites.

Verdad desnuda.—Quisiera saber, señores, cuales son los motivos que ustedes tienen para emprender una guerra asoladora contra el gobierno de Buenos aires. ¿Es acaso porque ese gobierno ha cimentado la libertad del pais; porque ha rompido las innumerables trabas que tenían los ciudadanos para ganar la vida, y porque ha destruido los privilegios esclusivos ó los monopolistas que manejaban unos pocos en perjuicio de todo el pueblo?

Febo.—No señora; aunque á nosotros nos interesaba que el pueblo fuese saqueado por esa pandilla, porque siempre chupábamos una buena parte del saqueo. Yo vivia en casa de uno de los caciques de privilegio esclusivo, y á él que tenía con él una mesa de estado y cuanta plata queria para divertirme á mis holganzas.

Verdad desnuda.—¿Será pues, porque aquel gobierno ha desterrado la arbitrariedad, entronizando la lei, obligando á todos á ser iguales ante ella, cosa que antes era desconocida?

Castañeda.—No es por eso; aunque antes éramos nosotros los árbitros, los privilegiados, los absolutos para robar, mandar, castigar, premiar y despreciar, y todos los demas estaban sumisos á nuestros caprichos, y aun respetaban hasta nuestros rebuznos.

Verdad desnuda.—¿Será porque ha dado por el pie á esa monstruosidad de fueros eclesiástico y militar, á cuya sombra, sus individuos atropellaban, brutal y despóticamente, á todas las otras clases, sin poder conseguir contra ellos la menor indemnizacion en ningun tribunal,

porque eran gobernados por otras leyes, como si fuesen diferentes hombres, animados de diferentes almas y dominados de diferentes pasiones?

Febo.—Tampoco; aunque bastante rabia tenemos porque nos han despojado de un fuero que era la salvaguardia de nuestras intrigas y maldades; el baluarte que defendia nuestras usurpaciones; el distintivo de nuestro despotismo; la cobertera santa de nuestras venganzas y el *timebunt* de todas las gentes. Ese fuero encantador nos ponía ademas á salvo de todos los tiros y asechanzas de nuestros enemigos, pues como nuestros excesos eran juzgados por nuestros propios compañeros, lobos de una misma camada, quedábamos siempre impunes y victoriosos.

Verdad desnuda.—¿Será porque el gobierno de Buenos aires ha puesto al pueblo en posesion de todos sus derechos; porque él mismo se los respeta, y porque todas sus disposiciones no tienen mas objeto que la felicidad presente y futura de todo este país?

Castañeda.—Malditos sean los derechos del pueblo, y maldita la felicidad del país; ya nos tienen geringados con estas voces, esos tintorillos, botarates, ignorantes. Lo que nosotros queremos es nuestra propia felicidad y nuestros peculiares derechos; y aunque los demas perezcan de hambre ó se maten toditos entre sí, nos importa todo un comino, siempre que nosotros reboemos en la abundancia y despoquémos á los demas.

Verdad desnuda.—¿Será acaso porque ha abierto las puertas á la ilustracion; el fomento de las ciencias, artes y comercio á todas las clases de la sociedad, con lo que prueba que su principal y único interes es el bien general y no el monopolio ó el suyo particular, cual ha sido el de todos los gobiernos pasados?

Febo.—Dale con la ilustracion, con el fomento de artes y comercio. En este país ni en todo el mundo, no debe haber mas ilustracion que la que nosotros les queramos dar; ni mas fomento de artes y comercio que el que nosotros tengamos á bien permitirles. A buen seguro que jamas hubiéramos nosotros permitido la introduccion de esos libros carbonarios, ni que pisase nuestras playas esa caterva de hereges, calvinistas, luteranos, judíos, cuácaros y musulmanes, quienes han trastornado el imperio de nuestra sana moral, y la dulzura de nuestras añejas costumbres.

Verdad desnuda.—¿Será, por ventura, por las suntuosas y costosas obras públicas que ha hecho y está actualmente haciendo para beneficio del público y engrandecimiento de la provincia, sin que por esto se diga que haya aumentado la deuda pública; que haya sacrificado al pueblo con destructoras y arbitrarias contribuciones, ni que haya dejado de pagar puntualmente los empleados, el ejército, marina, viudas y demas atenciones; igualmente que el haber amortiguado una gran parte de la enorme deuda que contrajeron los demas gobiernos?

Castañeda.—Si señora; es verdad que antes no se hacían obras públicas, aunque se hacían particulares con el tesoro del estado; tambien es verdad que se echaban contribuciones de 200,000 pesos y, á causa de la arbitrariedad en el reparto, se cobraban 1,000,000; y aun así, no se pagaba á nadie. Pero tambien es verdad que toda la plata del estado y la que se robaba á los propietarios y comerciantes, se repartía entre la pandilla de gobernantes, y entre nosotros que los sosteníamos.

Febo.—La verdadera causa de nuestra indignación; la rabia que nos debora: la negra venganza que nos enfurece; y la destrucción y ruina que deseamos de ese gobierno, es porque, con haber abierto las puertas á las ciencias y generalizado los principios liberales que nosotros tanto detestamos y perseguimos, ha desterrado la preocupación del pueblo quitándole la venda de ignorancia que le impedía ver la luz; nos ha separado del manejo de los negocios públicos, por cuyo medio nos deificaban y adoraban las gentes todas, nos ha abolido los diezmos por los cuales, nos íbamos haciendo dueños de todos los bienes de la campaña; ha estinguído las casas religiosas y ocupado sus bienes que, aunque habidos por el imperio de la superstición y fanatismo, servían para fomentar los vicios de muchos de sus individuos, para regalarse y darse buena vida, y para intrigar tanto en el claustro como en las familias.

Castañeda.—Si señor; estos son los grandes y justos motivos que tenemos para poner en ejecución cuantos planes diabólicos nos sugiera el inferno todo. Estoy, por tanto, resuelto á publicar mis diez periódicos, para que obren como diez legiones de demonios contra ese gobierno anticatólico, judío, gentil, herético, deísta y ateo. Y á V. señor Verdad desnuda, se le ha citado á este lugar, é iniciado en nuestros secretos, para que proteja como antes nuestra sagrada empresa apoye nuestros planes, y los presente á todas las gentes como mandatos de Dios venidos del cielo.

Verdad desnuda.—Eso sí que no haré yo jamás. Bastante tiempo he sufrido los groseros insultos, las negras imputaciones con que V. me ha presentado descaradamente ante los ojos del público, tomando mi nombre (*) para apoyar sus errores, engañar al pueblo, alucinar los incautos, manchar la reputación de las familias, encender la tea de la guerra civil, perseguir los buenos principios y robar al pueblo sus sagrados derechos. Bastante tiempo he tolerado sus sonseras, sus petulancias, sus desvergüenzas, sus obscenidades, sus locuras, sus hipocresías, sus embustes, sus disparates, sus pilladas, sus porquerías, sus asquerosidades, sus groserías, sus bostezos, sus rebuznos, sus pares de coces. Admití la cita para esta entrevista, solo por penetrarme á fondo de vuestras maquinaciones, por convencerme de vuestra renitencia y empoderamiento, por reconocer vuestras armas y la clase de guerra que os habeis propuesto hacer á los principios, á las autoridades que los proponen, sancionan y promulgan, y á los pueblos que los desean. Id, malvados, maquinad y operad, que yo me voi en este momento á inspirar y defender las sillas doradas del ministerio y el templo de la razón y de la sabiduría representado en la sala de los diputados del pueblo. Pero contad con que ha de destruir vuestros feroces planes y batiros en todas direcciones la Verdad desnuda.

Febo.—Cáspita con la tía Verdad desnuda! ¡Baya que nos ha dejado con una cuarta de narices! ¿Y es esta madama el cañon de veinticuatro con que contaba V. demoler el baluarte de la libertad, y envolver en sus ruinas al papa Rivadavia y al cardenal García? Compadre Castañeda, me temo que somos perdidos; soi de opinión que abandonémos la empresa, porque el ejército contrario es muy superior al nuestro en táctica, gente, armas y municiones, particular-

(*) Hace referencia al periódico que escribió el P. Castañeda bajo el nombre Verdad desnuda, cuando era en su contenido todo lo contrario.

mente con el refuerzo que le ha entrado ahora de *doña Verdad desnuda*.

Castañeda.—¡Malvada, hija de pu... y como me ha traicionado! Pero no importa. Vamos á convenir en un nuevo plan de ataque, que el caso no es todavia desesperado. Aun espero yo ver inundadas de sangre las calles de Buenos aires. No hai que desmayar compadre; corage, que no está lejos el dia de nuestras venganzas; el dia tremibundo en que tendremos la complacencia de ver arrastrar por las calles de Buenos aires á todo el ministerio y á toda la junta. Este es mi plan. Yo me voi á Santa fé; allí prepararé el pueblo y lo llenaré de indignacion contra Buenos aires. Me emplearé dia y noche en escribir mis diez periódicos; y para que no me quemén la sangre esos venales impresores pagados por el ministerio, he comprado una imprenta para este solo obgeto; los remitiré á Buenos aires para que nuestros amigos inunden con ellos la ciudad y los repartan gratis, particularmente á los carretillos, changadores y soldados del cuerpo cívico. Preparados estos brazos, ganaré á Lopez; á quien le daré el título de general en jefe del ejército del Señor, por cuyo distintivo y por los millones de indulgencias plenarias que concederé á sus soldados como enviado que me titularé del Dios de los ejércitos, se unirán todos los pueblos á sus banderas; le ofreceré ingentes sumas que tienen ya aprontadas nuestros amigos, seguros de reembolzarlas con usura de los fondos del Banco y de la tesorería á nuestra entrada triunfante en Buenos aires. Estoy, compadre, segurísimo del buen écsito, porque conozco que el partido de los supersticiosos es aun triplicado al de los filósofos carbonarios. Una vez dado el golpe, lo aseguraremos formando un tribunal *contra incrédulos*, que será idéntico al de la inquisicion; y entonces tendremos el placer de dar fin de nuestros enemigos quemándolos á dotiticos vivos. ¿Qué tal?

Febo.—Me aiga tanto, querido compadre, que solo sentiré que no lo podamos conseguir. Yo me ofrezco gustosísimo trabajar por su buen écsito, y á componer un nuevo periódico que rebata, ya con razones, ya con sofismas, esas doctrinas nuevas filosófico-jacobinas que han introducido en Buenos aires esos reformadores cismáticos. Me comprometo tambien á destruir esa maldita union de europeos y americanos, haciendo que se devoren entre sí con la guerra civil, para que, así distraídos y debilitados, tengan nuestros planes el resultado feliz que tanto deseamos.

Gobernantes de Buenos aires, españoles y americanos; no tengais por un sueño todo lo que se dice en este dialogo. Los planes revolucionarios para destruir nuestras libertades están trazados y aprovados por esos enemigos del orden que han ya empezado á ponerlos en planta. Alerta, contraminadlos, sufocadlos y desviad el golpe.

Montevideo: año de 1823: Imprenta de los Ayllones y compañía.